



## La crudeza de la alta competición en los jóvenes

**CORREDORA**  
Dirección: Laura García Alonso.  
Intérpretes: Alba Sáez, Marina Salas, Alex  
Brendemühl, Marta Bessa.  
Drama. España, 2026. 92 minutos.

JAVIER OCAÑA  
Las películas deportivas no suelen ser tan crudas. *Corredora*, mucho más que una película sobre el atletismo, es una obra que se adentra en la dicotomía entre el desequilibrio y el equilibrio asociados al deporte de alta competición: en ocasiones ayuda, sostiene e impulsa las personalidades; otras, las aprieta, las trastorna y las destruye. Lo hemos visto no pocas veces

en el profesionalismo. Y lo hace a través de un estilo radicado en el rigor formal y la contención.  
Su directora, la novel Laura García Alonso, ha puesto su ojo punzante y sus métodos austeros en una adolescente de categoría juvenil, corredora de 800 metros, que aspira al triunfo no solo desde la constancia y el trabajo; también desde el ímpetu, la soberbia, la seguridad en sí misma y una cabeza tan alta y una mirada tan altiva que roza el precipicio de la estabilidad personal. La clave, y ahí se mueve la película desde que sufre un brote psicótico con delirios, está en si necesita un psicólogo o un

psiquiatra. Y García Alonso, al lado de Pol Cortecans en el guion, reflexiona con sentido acerca del tratamiento farmacológico y la ayuda familiar.  
La directora aborda la caída en desgracia de la joven con una puesta en escena reglada por la distancia y el encuadre preciso, con una fotografía tan naturalista que casi traspasa la línea de lo feísta e interpretaciones matizadas pese al evidente descontrol de sus vidas. La de la protagonista, interpretada con rotunda seguridad por Alba Sáez, y las de su hermana mayor y su padre viudo, a los que dan vida los también es-

tupendos en el manejo del control Marina Salas y Alex Brendemühl.  
En *Corredora* la furia de la historia brota desde dentro. No hay melodrama que valga. No hay énfasis de cámara ni interpretativo. Y conmueve con la información justa, dejando las explicaciones y las conclusiones a expensas de lo que quiera suponer o dictaminar el espectador. La película no es un tratado psicológico ni psiquiátrico, aunque se aborden situaciones sobre la presión y la exigencia en los entrenamientos y en la competición que puedan estudiarse en los centros de alto rendimiento, donde precisamente vive la atleta en compañía de otros como ella (o no tanto), para el manejo de casos presentes o futuros.  
“Supongo que desde que me puse a pensar mientras corro, me arriesgo a que se me forme en la cabeza cualquier idea, a que crez-

ca y me revuelva las tripas y la sangre”, escribió el *angry young man* Alan Sillitoe en el magnífico relato *La soledad del corredor de fondo*, llevado al cine con maestría por Tony Richardson en 1962. Jóvenes airados como una parte de nuestros contemporáneos, con el enfado tatuado en el rictus de la frente y en el tono de voz, alérgicos a la frustración, seguramente por poderosas razones. Jóvenes solos como la chica de *Corredora*, expuestos a que también se les revuelvan las tripas y la sangre mientras otros los azuzan y ellos acaban de exprimirse sin tener en cuenta los límites de la ambición en ciertas personalidades. Y lo bueno de esta película es que esas dos vueltas a la pista que conforman los 800 metros podrían ser el símbolo de otras muchas cosas a esas edades, aparte del deporte. La forja de un futuro a costa de la armonía vital.